

# EMBLEMÁTICA Y CULTURA CABALLERESCA: DIVISAS VALENCIANAS EN LA CANONIZACIÓN DE SAN FRANCISCO DE BORJA EN 1671

Víctor Mínguez  
*Universitat Jaume I*

El arte de las divisas precedió a la literatura emblemática en el tiempo, pues las primeras arrancan de finales de la Edad Media y los emblemas nacieron como es sabido en el siglo XVI. Sin embargo, ambas manifestaciones pictórico-literarias acabarán necesariamente coincidiendo, dadas sus evidentes similitudes y estrecho parentesco, y a la larga confundiendo. Numerosos son los textos de emblemistas reputados que intentan diferenciar con escaso éxito y evidentes contradicciones las reglas de las distintas familias emblemáticas, y por ende, de las divisas. Investigadores actuales, desde planteamientos más rigurosos y objetivos, han establecido las características esenciales de cada uno de estos subgrupos de emblemas<sup>1</sup>.

El origen de las divisas o empresas hay que buscarlo en la cultura caballeresca, en los símbolos o escudos de armas que los nobles exhibían en Francia y Borgoña a fines del siglo XIV, desde donde rápidamente la moda se extendió a la Italia renacentista<sup>2</sup>. En 1555 se publicó en Roma el imprescindible libro de Paolo Giovio, *Dialogo dell'Imprese Militari et Amorse*<sup>3</sup>, en 1562 en Venecia *Imprese di diversi Principi, Duchi signori e d'altri personaggi et huomini letterati et illustri* de Battista Pittoni, y en 1566, también en Venecia, *Le Imprese illustri*, de Girolamo Ruscelli<sup>4</sup>. En la sociedad italiana del XVI,

los distintivos icónicos personales fueron un hábito generalizado entre príncipes, nobles e intelectuales. Unos y otros encontraban en el distintivo adoptado un símbolo personal e intercambiable que metafORIZABA a su poseedor o a la familia de éste. Esta función de la divisa marca una diferencia sustancial con el emblema, pues aquella no encierra un precepto moral, ético o ideológico, expuesto con un propósito pedagógico como en éste, sino los sentimientos, intenciones o acciones personales del que la exhibe.

Las divisas se “vistieron” en fiestas y cortejos durante los siglos XVI y XVII. Pero el acontecimiento más apropiado para la exhibición de empresas fueron sin lugar a dudas los torneos ecuestres, por lo menos en lo que se refiere a empresas “amatorias”. Los torneos de la Edad Moderna son una representación lúdica y festiva, galante y coreográfica de los belicosos enfrentamientos entre caballeros que tuvieron lugar en las lidias medievales. Lo que era básicamente arduo entrenamiento para la guerra devino en plácido entretenimiento cortesano, el rudo deporte se transformó en colorística danza<sup>5</sup>. En estas justas las divisas eran un elemento indispensable que permitían al torneante dejar entrever, mediante un oscuro jeroglífico, sus sentimientos galantes.

Los torneos de la nobleza valenciana durante los siglos XVII y XVIII, al principio organizados de manera esporádica, y posteriormente en torno a la Real Maestranza de Valencia, constituyeron uno de los espectáculos urbanos más significativos de la interesante fiesta barroca valenciana. En otras ocasiones hemos estudiado la génesis y desarrollo de esta institución nobiliaria y su contribución a la fiesta efímera<sup>6</sup>. En este trabajo centramos nuestro interés

<sup>1</sup> Sobre la definición del emblema, de la empresa, del jeroglífico y demás variantes, véase J. GÁLLEGO, *Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*, Madrid, 1972, págs. 25-32, y P. PEDRAZA, “Breves notas sobre la cultura emblemática barroca”, *Saitabi* (Valencia), 28 (1978), págs. 181-192.

<sup>2</sup> M. PRAZ, “La filosofía del cortesano”, *Imágenes del Barroco (estudios de emblemática)*, Madrid, 1989, págs. 67-97.

<sup>3</sup> La primera edición española verá la luz en 1562 en Lyon, *Diálogo de las empresas militares y amorosas, compuesto en lengua italiana por el ilustre Obispo de Nucera. En el qual se trata de las devisas, armas, motes o blasones de linages, con su razonamiento a esse propósito del magnífico Señor Ludovico Domeniqui. Todo nuevamente traduzido en romance castellano por Alonso de Villoa (...)*.

<sup>4</sup> A éstos seguirán una larga lista de libros de empresas y divisas en distintas lenguas. Fueron recogidos y catalogados por MARIO PRAZ en su obra pionera *Studies in Seventeenth-Century Imagery*, Roma, 1964. Debe consultarse la edición inglesa, pues la edición castellana citada en nota anterior no incluye la rica bibliografía emblemática que aquel dio a conocer.

<sup>5</sup> Por lo que respecta a Valencia, sólo dos siglos después, y con motivo de las guerras primero contra la Convención francesa y después contra Napoleón, se recuperó la función beligerante de la corporación nobiliaria, transformándose la Maestranza en un regimiento de cuatro escuadrones.

<sup>6</sup> Véanse nuestros trabajos, *Art i arquitectura efímera a la València del s. XVIII*, Valencia, 1990, págs. 161-167 y “El juego caballeresco y su resurgimiento en Valencia durante la segunda mitad del siglo XVIII”, VI Encuentro *De la Ilustración al*

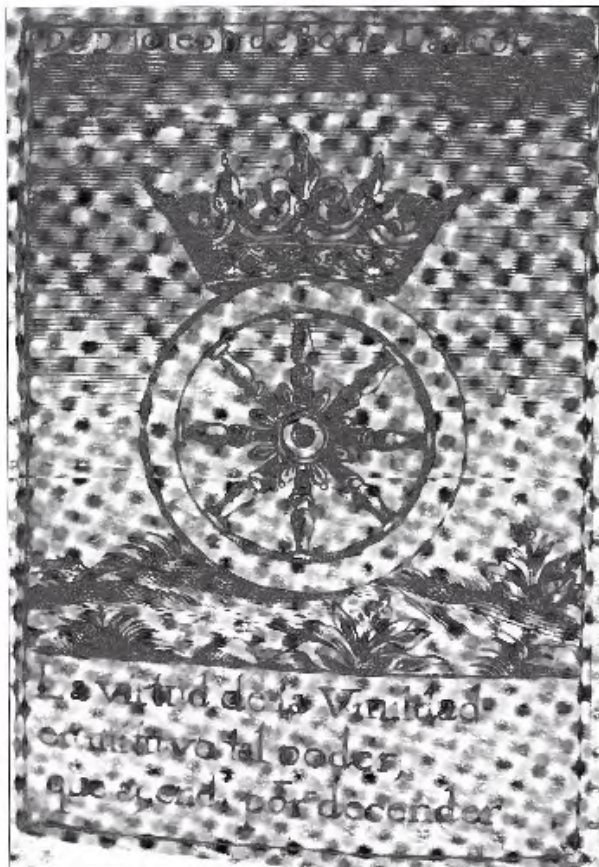


Figura 1: Divisa de D. José de Borja Lançol.



Figura 2: Divisa de D. Baltasar Julián.

en uno de los diversos torneos que tuvieron lugar antes de la creación de la Maestranza en 1690, y su posterior restauración en 1747 -tras ser suspendida por Felipe V al finalizar la guerra de Sucesión al trono español. El interés que despiertan los torneos anteriores a la fundación de la institución nobiliaria consiste en que, a diferencia de las justas de la Real Maestranza, estas contiendas lúdicas del siglo XVII nos ofrecen un amplio repertorio de divisas, varias de ellas reproducidas en láminas. No así en los torneos dieciochescos, celebrados al amparo de la Maestranza, pues el desprecio de los ilustrados por la cultura emblemática acentuó la decadencia de este elemento artístico literario que acabó cayendo en desuso.

Durante el siglo XVII, los torneos nobiliarios eran frecuentes en las grandes fiestas que la ciudad organizaba para honrar a sus reyes, exaltar a sus santos o reverenciar a sus patronos. Los ejercicios ecuestres consistían en carreras de lanzas, juegos de cañas, estafermos, sortijas, etc., sin que ninguno de estos divertimentos implicara el menor riesgo físico.

Para la celebración de los juegos, se levantaban amplios circos de tarimas escalonadas en las plazas más amplias de la ciudad, como eran la de Predicadores o la del Mercado. En estos escenarios efímeros, los caballeros, divididos en cuadrillas de cuatro jinetes competían entre sí para ganarse el aplauso del numeroso público y la admiración de las damas. Paladines y damas aprovechaban la ocasión para exhibir hermosos ropajes, en un espectáculo que superaba la arena del circo y se prolongaba por los tablados que ocupaba el público.

Las crónicas y relatos valencianos de los torneos barrocos hacen mucho más hincapié en la relación prolija de la alcurnia de los participantes y en la descripción minuciosa de sus suntuosos ropajes que en la explicación del juego, al que invariablemente sólo le dedican unas pocas líneas -y a veces ni eso-, lo que pone de relieve que éste era concebido como una excusa para la exhibición social. Hasta tal punto era así que, como se ha afirmado ya alguna vez, algunos de estos relatos constituyen un magnífico documento sobre la indumentaria de la época y los linajes de las familias ilustres.

Tal como ya hemos dicho, las divisas exhibidas en los torneos se refieren invariablemente a los amo-

*Romanticismo. Cádiz, América y Europa ante la Modernidad (1750-1850): "Juego, fiesta y transgresión"*, Universidad de Cádiz (16-18 de noviembre de 1991), en prensa.

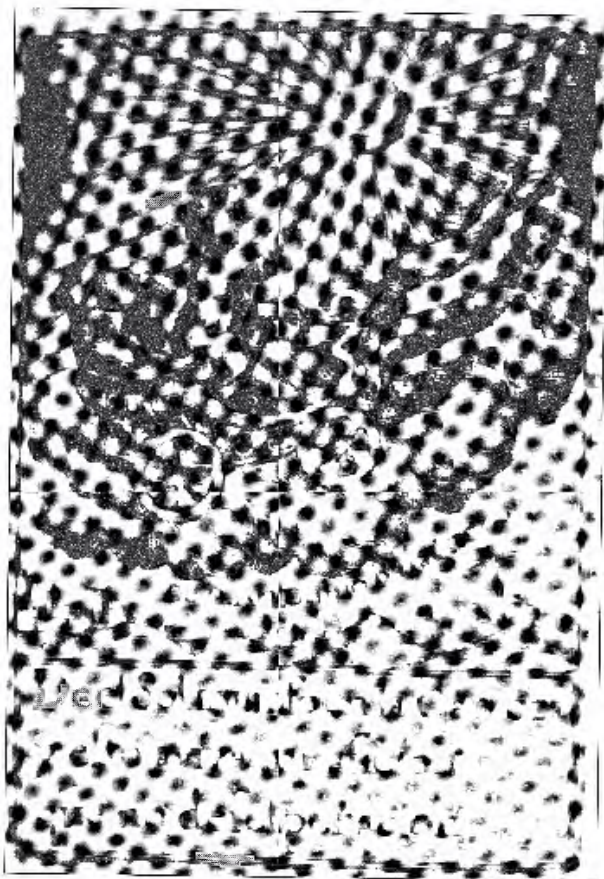


Figura 3: Divisa de D. Antonio Balaguer.

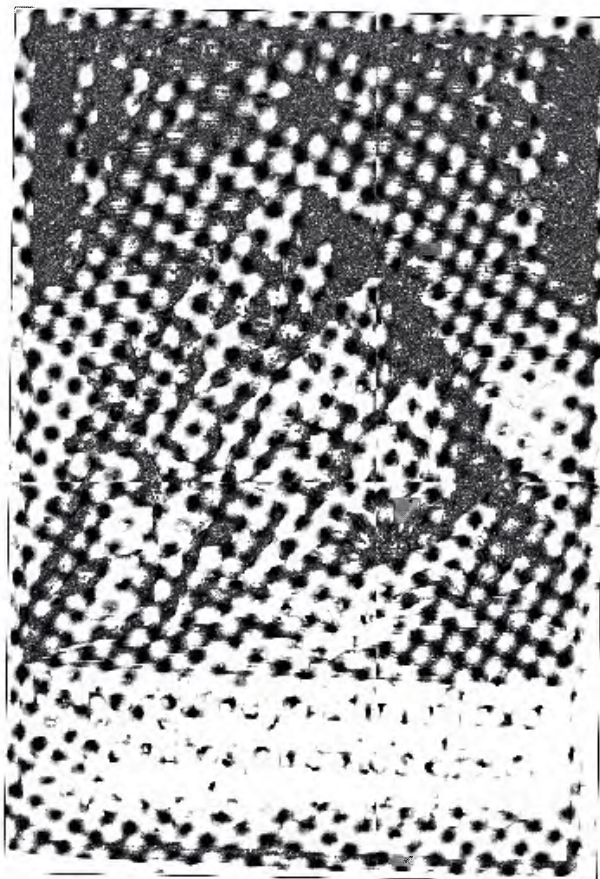


Figura 4: Divisa de D. Francisco Villarrasa.

res y desamores del torneante. Amor entendido en un sentido amplio, pues dependiendo del motivo de la fiesta -política, cívica o religiosa- el anhelo de los caballeros contendientes puede ser indistintamente, ya no una dama concreta de la nobleza valenciana, sino la Inmaculada<sup>7</sup>, la reina o incluso como en la justa que nos ocupa, un santo. Los emblemas de amor -como recuerda Mario Praz<sup>8</sup>- aparecieron ya con los primeros emblemistas. Al tratarse muchas veces de la manifestación de los sentimientos personales su dificultad de lectura suele ser mayor que la de los emblemas morales o políticos, por más que el repertorio de motivos utilizados sea el habitual en el lenguaje emblemático. Lo cierto es que resulta complejo determinar, dado su grado de moderada dificultad, el nivel de comprensión de las empresas o divisas entre el público espectador. Aquilino Sánchez

Pérez habla de la asimilación rápida de la divisa, de la rapidez de la captación de su significado<sup>9</sup>. Julián Gállego por su parte insiste en su vinculación con la "ciencia del blasón" -lo que implica una mayor codificación de las divisas con respecto a los emblemas- y recuerda que es preciso que sea "misteriosa y rara"<sup>10</sup>. A la vista de las divisas de la nobleza valenciana que vamos a analizar hay que admitir un cierto hermetismo en la exposición de sus conceptos, pues, si los comparamos con los jeroglíficos de fiestas, las divisas exigen un conocimiento de ciencias tan eruditas como puedan ser la mitología o la historia. Por un lado era preciso que el mensaje subyacente en la divisa fuera captado por la dama que se pretendía conmovir, y por los espectadores -pues no olvidemos que los torneos son antes que nada un espectáculo social- que contemplaban el cortejo amoroso. Por otra parte, convenía una cierta prudencia básica en la exposición de los sentimientos íntimos -en ocasiones ciertamente comprometedores. Tal vez haya que abrir un nuevo apartado en la clasificación de la familia emblemática y diferenciar las

<sup>7</sup> Cuando en 1690 se crea la Real Maestranza, la agrupación tendrá como objetivo fundamental honrar con sus entretenimientos ecuestres a su patrona la Inmaculada.

<sup>8</sup> Véase M. PRAZ, "Amor profano y sagrado", en la obra anteriormente citada *Imágenes del Barroco* ..., pág. 99. Sobre la representación del amor en la emblemática es interesante asimismo el artículo de S. SEBASTIÁN, "Lectura crítica de la *Amorum Emblemata* de Otto Vaenius", *Boletín del Museo e Instituto "Camón Aznar"* (Zaragoza), XXI (1985), págs. 5-112, donde analiza uno de los libros fundamentales de la emblemática amorosa.

<sup>9</sup> A. SÁNCHEZ PÉREZ, *La literatura emblemática española (siglos XVI y XVII)*, Madrid, 1977, pág. 52.

<sup>10</sup> Op. cit., págs. 29 y 30.

divisas estables, que identificaban permanentemente a un individuo, y las divisas efímeras o provisionales que, como en los torneos, representaban los sentimientos de un caballero en un momento concreto.

Existen crónicas detalladas de los torneos valencianos seiscientistas celebrados en 1619 -fiestas por la beatificación de Tomás de Villanueva<sup>11</sup>-, en 1662 -fiestas inmaculistas<sup>12</sup>- y en 1665 -nuevas fiestas inmaculistas<sup>13</sup>. Este último torneo es especialmente interesante por su importante componente emblemático. Las diez divisas de los contendientes no sólo son descritas y explicadas por Torre y Sebil, cronista de la relación de la fiesta, sino que aparecen recogidas en diez interesantes grabados. En ellas los caballeros honran a su dama la Inmaculada, y el motivo más recurrido en los cuerpos de las empresas es Cupido. Las aclaraciones de Torre y Sebil no son gratuitas, dado el hermetismo de la mayoría de ellas -por más que, en ocasiones, sus retóricas explicaciones devienen en discursos distanciados del presumible significado original del jeroglífico<sup>14</sup>. El último torneo con divisas que hemos encontrado tiene lugar en 1722 con motivo de la boda del príncipe de Asturias con la princesa de Orleans<sup>15</sup>.

A la espera de efectuar un estudio completo de las divisas de la nobleza valenciana, nuestro interés se centra en esta ocasión en un torneo casi descono-



Figura 5: Divisa de D. Raimundo Luis de Vilanova.

<sup>11</sup> J. MARTÍNEZ DE LA VEGA, *Solenes, y grandiosas fiestas, que la noble, i leal Ciudad de Valencia a echo por la Beatificación de su Santo Pastor, i Padre D. Tomas de Villanueva*, En Valencia, por Felipe Mey, año 1620.

<sup>12</sup> Véase J. B. VALDA, *Solenes fiestas, que celebró Valencia, a la Inmaculada Concepcion de la Virgen Maria. Por el supremo decreto de N. S. S. Pontífice Alexandro VII. Ofrecelas al Rey Nuestro Señor. Escrivelas de orden de la misma Ciudad Ivan Bavtista de Valda. Con licencia, en Valencia, por Geronimo Vilagrassa, Impressor de la Ciudad, en la Calle de las Barcas, año 1663*. El torneo de este festejo fue estudiado por PILAR PEDRAZA en *Barroco efímero en Valencia*, Valencia, 1982, págs. 345-352.

<sup>13</sup> F. TORRE Y SEBIL, *Lvzes de la Avrora, dias del Sol, en fiestas de la que es sol de los dias, y Avrora de las Lvzes, Maria Santissima. Motiuadas por el nuevo indulto de Alexandro Septimo, que concede Octauas con precepto de rezo de la Inmaculada Concepcion. Celebradas por la antigua piedad del Excelentissimo Marques de Astorga y San Roman, Virrey, y Capitan General del Reyno de Valencia. A cuya proteccion les dedico el que las escribe (...). Cavallero del Abito de Calatrava, y en la voz de dicha Orden substituto del Excelentissimo Señor Marques de Aytona*. Impresso en Valencia por Geronimo Vilagrassa, junto al molino de Rovella. Año 1665.

<sup>14</sup> Estas empresas fueron dadas a conocer por PILAR PEDRAZA en "Las fiestas de la nobleza valenciana en el siglo XVII: un ejemplo característico (1662)", *Estudis* (Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Valencia), nº 6 (1977), págs. 101-121.

<sup>15</sup> *Breve noticia de las festivas demostraciones con que la muy Ilustre Ciudad de Valencia celebró la feliz noticia del efectuado Casamiento del Serenissimo Señor Principe de las Asturias, con la Serenissima Señora Princesa de Orleans*, sin lugar ni año.

cido por la escasa envergadura que tuvo la crónica del festejo. Se trata de una pequeña relación de carácter epistolar, escrita por Baltasar Sapena, señor de Pamís, titulada *Obsequioso elogio, plavssible jvnilo, que en festejo militar, dispvso el afecto con el regozijo á la felice canonizacion del glorioso San Francisco de Borja, á cuya celebridad dedicó la Nobleza Valenciana vn luzido Torneo sustentado en 25. de Octubre del presente año 71. en el espacioso Campo del llano del Real. Siendo Mantenedor el Maesse de campo Don Joseph de Borja, y Lançol, Cavallero del Abito de Montesa, Baylio de Sueca por su Religion; Paqe de Guion que fue de su Magestad, y aora Mayordomo de su Alteza, el Serenissimo Señor Don Juan de Austria. Dá puntual noticia vna carta, que en verso joquiserio escribe á vna Dama, Don Baltasar Sapena, Perez Arnal, y Zarcuela, Señor de Pamis, cuyo es tambien el Cartel de desafio que en la Relacion se incluye. Con licencia, en Valencia: Por Benito Macé junto al Colegio del Patriarca, Año 1671*<sup>16</sup>. El opúsculo relata el tor-

<sup>16</sup> La obrita de Sapena está escrita en verso y sólo tiene treinta y ocho páginas. A este autor se le encargó años despues la crónica de los actos que los notarios valencianos sufragaron en 1671 por la canonización de San Luis Bertrán. Sin embargo falleció cuando solo tenía escritas ciento cuarenta y cuatro páginas. Fue acabada



Figura 6: Divisa de D. Francisco Escrivá.



Figura 7: Divisa de D. Jerónimo Monçoriu.

neo que tuvo lugar en la noche del 25 de octubre de 1671, con motivo de la Canonización de San Francisco de Borja. Se celebró en el Campo del llano del Real -en habitual deferencia a los virreyes-, donde se dispuso el imprescindible circo de graderías y tablados. Destacaron en su adorno las luminarias que adornaron la fachada del Palacio Real y los fuegos artificiales que se dispararon. Por supuesto presidió el espectáculo el propio virrey acompañado de su esposa e hijas y del arzobispo de la ciudad.

Como es lógico participaron en la justa los caballeros más distinguidos de Valencia<sup>17</sup>. Fueron los jue-

por T. López de los Ríos, y se tituló *Avto glorioso, festejo sagrado, con que el insigne Colegio de preclara Arte Notaria celebró la canonización del Señor San Luis Bertran (...)*. Impreso en Valencia, por Geronimo Vilagrassa, Impresor de la Ciudad, y de la Inquisicion, junto al molino de Rovella, año 1674. También está adornada con emblemas.

<sup>17</sup> Según nota manuscrita del Marqués de Cruilles en un ejemplar de la crónica de Sapena conservado en la Biblioteca Municipal de Valencia, "casi la totalidad de los apellidos citados en la Relación de este Torneo son de los caballeros que en 1690 crearon la Maestranza de Valencia". Este dato es interesante pues señala al torneo de 1671 como un ensayo y prelude de la constitución de la institución nobiliaria.

ces D. Jaime de Pertusa, D. Juan de Castelví y D. Francisco Ferrer Noble, y el mantenedor de la justa -por su parentesco con el santo canonizado- D. José de Borja y Lançol, caballero de Montesa. En este caballero recayó todo el protagonismo de la lid, pues el juego consistió en un combate fingido entre el defensor del triunfo de San Francisco de Borja y su ayudante, y cinco paladines valencianos. Tras los duelos individuales -primero a lanza y luego a espada- los jinetes realizaron una exhibición conjunta. Naturalmente el campeón del torneo fue el ilustre descendiente de San Francisco de Borja.

Los caballeros vistieron hermosos ropajes, peto y espaldar y exhibían sobre su pecho sus respectivas divisas. El color de la indumentaria guardaba relación, en la mayoría de los casos y como tendremos ocasión de ver, con el contenido de la divisa. Como siempre, el torneo fue un simulacro, pero aun así se premió y se aplaudió a los más diestros. Sapena destaca la habilidad de Don Baltasar Julián, ayudante del mantenedor. Pero aún más que la destreza en el ejercicio se admira la elegancia, la galanura, la hermosura del traje y la composición de la divisa. Así por ejemplo, el cronista nos informa que el premio a la mejor empresa, otorgado por las damas, recayó en Don Antonio Balaguer y que el premio de

las mismas damas al mejor galán fue por supuesto para D. José de Borja.

La relación de Sapena se adorna con siete grabados que nos muestran las divisas de los caballeros torneantes. Estas láminas, de innegable tosquedad pero de gran interés iconográfico, son en todo similares a los que contiene la obra de Torre y Sebil mencionada anteriormente. Como aquellos, presentan formato vertical, carecen de lema y tan sólo un escudo terceto explica el significado de la imagen. Van firmados por F. Quesádez y por Gimeno<sup>18</sup>.

Analizemos pues las divisas. D. José de Borja Lançol, apadrinado por D. Baltasar de Borja y D. Francisco Mascarell, vistió de plata, y sobre su pecho mostraba en su emblema una rueda coronada, acompañada de la siguiente letra:

“La virtud de la Vmildad  
en mí tuvo tal poder,  
que açendí por descender”.

D. José de Borja, defensor en el torneo de su antecesor canonizado, fue como dijimos el protagonista de la justa. La divisa que ostentó no aludía a él mismo, sino a su defendido, el propio San Francisco de Borja. La rueda que en su giro descende y asciende metaforiza -en una acertada imagen- la humildad del nuevo santo jesuita y el premio que por ella obtiene. Y esta virtud del santo y su triunfo en el cielo son los dos argumentos que defiende el paladín valenciano. Esta divisa parece claramente inspirada en la empresa LV de Giovio, dedicada a Monsieur de la Tramolla<sup>19</sup>.

Don Baltasar Julián, ayudante del mantenedor, tuvo por padrinos a D. Mercader Vicente y D. Julián Vicente. Mostró en su divisa un motivo emblemático mucho más común pero también por ello más internacional, el águila que mira directamente al Sol. Llevó por letra:

“Toma sin auer estorbos  
aunque dista quien le enciende  
nuevo aliento en  
lo que emprende”.

<sup>18</sup> Francisco Quesádez fue un grabador afincado en Valencia, que realizó diversas estampas para crónicas de fiestas valencianas seiscientistas. Véase M. A. ORELLANA, *Biografía pictórica valentina*, Valencia, 1967, pág. 499.

<sup>19</sup> Santiago Sebastián apunta que tal vez pueda tratarse del general La Trémouille. Véase S. SEBASTIÁN, “Giovio y Palmireno: La influencia de la emblemática italiana”, *Teruel* (Zaragoza), nº 76 (1986), págs. 191-250.

El águila mirando al Sol ha representado en los libros de emblemas y empresas, en los jeroglíficos de fiestas y en las divisas de los caballeros una multitud de significados -renovación, devoción, fidelidad, realeza, grandeza, virtud, etc.-, aunque siempre positivos. Este asunto lo heredó la emblemática de los bestiarios medievales<sup>20</sup>, fue asimilado por los emblemistas españoles desde Juan de Borja<sup>21</sup> y repetido por los emblemistas valencianos en los jeroglíficos de fiestas. Así lo encontramos por ejemplo entre los jeroglíficos jesuitas que adornaron el colegio de San Pablo con motivo de las fiestas del cuarto centenario de la ciudad en 1638 y que fue reproducido en un grabado en la crónica del festejo<sup>22</sup>. En la divisa que nos ocupa representa la devoción del ayudante del mantenedor -que combatió junto a éste en defensa del triunfo de San Francisco de Borja- al santo canonizado metaforizado en el Sol.

D. Antonio Balaguer, cuyos padrinos fueron D. Antonio Carroz y D. Vicente Carroz, mostraba en su empresa un carro celeste cuyos caballos se habían desbocado deslumbrados por el Sol, y llevaba por letra:

“De el Sol triunfo en la Carroza  
y esto aviva mi afición  
que no desesperación”.

El carro de Faetón es uno de los motivos iconográficos predilectos en divisas valencianas. En 1674, con motivo del torneo inmaculista la exhibió D. Pedro Llançol de Romaní, y no es casual por otra parte que fuera premiada como la mejor divisa en la justa que nos ocupa. Se trata de un asunto mitológico, de confusa -y por ello compleja- interpretación. Según indica la letra representa de nuevo una metáfora de la devoción del torneante al santo, al que no le importa ser derrotado en la justa, como Faetón lo fue por el Sol, por una causa como la que origina el torneo -de nuevo y como en la divisa anterior el astro diurno metaforizaría al santo canonizado. El carro de Faetón fue asimilado por el lenguaje emblemático a partir del propio Alciato. De dos de sus emblemas habilmente fusionados en uno derivará la divisa de D. Antonio Balaguer: “Temeritas” e “In temerarios”<sup>23</sup>.

<sup>20</sup> Véase por ejemplo *El fisiólogo y el Bestiario toscano*, en la edición de SANTIAGO SEBASTIÁN, ediciones Tuero, Madrid, 1986, págs. 39 y 42, y el *Bestiario de Oxford*, en la edición de la editorial Siruela, *Bestiario Medieval*, Madrid, 1983, pág. 272.

<sup>21</sup> J. DE BORJA, *Empresas Morales* (...). En Bruselas, por Francisco Foopens, Impresor y Mercader de Libros. M.DC.LXXX., p. 13.

<sup>22</sup> M. A. ORTÍ, *Siglo Cuarto de la Conquista de Valencia* (...), en *Valencia, por Iuan Bautista Marçal, impresor de la Ciudad 1640*, jeroglífico XVIII de la segunda serie, pág. 75v.

<sup>23</sup> A. ALCIATO, *Emblematum liber*, Augsburg, 1531, emblemas LV y LVI. La fuente clásica se encuentra en Ovidio, *Metamorfosis*, I, 748-779 y II, 1-400.

D. Francisco Villarrasa tuvo como padrinos a D. Vicente Belvís y D. Cristobal Villarrasa. Su divisa mostraba un cupido tras un monte contemplando una estrella. Fue su letra:

“Expongame yo a su influxo,  
en quantos circulos diere  
y venga lo que viniere”.

Esta empresa y la siguiente nos muestran el motivo más frecuente entre los que conforman el repertorio de las divisas amatorias: la representación pagana del amor, Eros o Cupido<sup>24</sup>. Como ya hemos dicho antes, los torneos seiscentistas supusieron una magnífica ocasión para “exhibir” el amor. La ostentación de divisas y el componente enigmático de éstas, era el recurso que facilitaba el discreto y a la vez público cortejo, la adulación y la exposición sutil de los sentimientos íntimos. Pero como ya explicamos, en ocasiones el motivo de la fiesta condicionaba el objetivo de las declaraciones sentimentales. Así, las divisas podían dirigirse a la reina, la Virgen o, como en el caso que nos ocupa, y sin ningún rubor por tratarse de un varón, a San Francisco de Borja.

D. Raimundo Luis de Vilanova, tuvo por padrinos a D. Vicente Salvador y D. Miguel Fenoller. Mostró en su empresa una composición con idéntico motivo y significado que la de D. Francisco Villarrasa, un cupido contemplando un cielo estrellado. De nuevo las puras saetas de un paladín valenciano dirigen sus atenciones al santo jesuita. El amor se ha transformado en fe y devoción. Fue su letra:

“Nunca la he mirado errante  
pero ya mi fe prolija  
me señala la que es fija”.

D. Francisco Escrivá, cuyos padrinos fueron el Conde de Alcudia y D. Juan Pertusa, mostró en su divisa un corazón alado, sobre la llama de un altar, que avivaba con las alas el fuego. En consonancia con el asunto el caballero valenciano vestía el color ígneo. La empresa llevaba por letra:

“Ser Victima en los Incendios  
De causa tan Superior.  
Llama es diuina; no Ardor”.

El amor del torneante al santo valenciano queda de manifiesto en el corazón que se abrasa. El tema del corazón tiene un importante precedente valenciano en la serie de jeroglíficos que adornaron la casa

del doctor Francisco Luis Pastor en los festejos por la beatificación de Tomás de Villanueva. Estos jeroglíficos, diseñados por Jerónimo Martínez de la Vega<sup>25</sup>, mostraban al beato metaforizado en un corazón, y son destacados por Julián Gállego por ser anteriores a los que recoge la *Emblemata Sacra* de Daniel Cramel (Francfort, 1624), que M. Praz presenta como la obra que pone de moda este motivo iconográfico<sup>26</sup>.

Finalmente, D. Jerónimo Monçoriu, que tuvo por padrinos a D. Jerónimo Brizuela y D. Gaspar Calatayud, exhibió en su divisa el carro de la Aurora despidiendo sobre el mar rocío que era recogido por una concha en forma de corazón. De nuevo el tema emblemático determina el color del ropaje del torneante, que en esta ocasión fue nácar. La divisa llevó por letra:

“Prenda que sus luzes copie,  
Guardarán mis firmes lazos,  
Asta que me hagan pedaços”.

Nuevamente un asunto mitológico manifiesta la devoción del propietario de la divisa al santo, asunto que, además, pone de relieve -metafóricamente hablando- el fin de la noche y la llegada del alba tras el torneo.

El texto epistolar y poético de Sapena concluye la descripción de las divisas con cuatro versos referidos a todas:

“Y sus empresas que assombros  
siete prodigios imitan,  
cada vna fue un milagro  
y todas las maravillas”.

<sup>25</sup> J. Martínez de la Vega es una importante figura de la emblemática valenciana, por un doble motivo: el interés de sus composiciones y sus reflexiones teóricas sobre esta ciencia. Es así mismo autor de diversas crónicas de fiestas, como la que contiene los jeroglíficos mencionados, y que se titula *Solenes i grandiosas Fiestas, que la noble, i leal Ciudad de Valencia a echo por la Beatificacion de su Santo Pastor, i Padre D. Tomás de Villanueva. En Valencia, por Felipe Mey. Año 1620*. Sobre los jeroglíficos tomasinos de 1619 compuestos por Martínez de la Vega véase nuestro trabajo “Reflexiones sobre emblemática festiva: jeroglíficos valencianos por la beatificación de Tomás de Villanueva en 1619”, *Ephialte. Lecturas de Historia del Arte* (Vitoria-Gasteiz), nº II (1990), págs. 332-337. Sobre la emblemática valenciana en general, nuestro artículo “Un género emblemático: el jeroglífico barroco festivo. A proposito de unas series valencianas”, *Goya* (Madrid), nº 222 (1991), págs. 331-338.

<sup>26</sup> Véase J. GÁLLEGO, op. cit., pág. 42 y M. PRAZ, op. cit., pág. 165. El mérito de diseñar este interesante motivo iconográfico no hay que atribuirlo sin embargo a Martínez de la Vega, pues el mismo reconoce que se debió a una imposición del dueño de la casa, que quería que los jeroglíficos guardaran relación con el adorno efímero de la fachada, en la que las luminarias exhibían corazones.

<sup>24</sup> Véase nota 8.

Con toda seguridad, las empresas que acabamos de analizar no fueron un milagro, ni prodigios, ni maravillas, por más que la retórica barroca así las presente. Pero sí que constituyen un magnífico ejemplo de la implantación en la sociedad valencia-

na del lenguaje emblemático. El arte de las divisas es uno de los capítulos de la ciencia emblemática menos estudiados, por lo menos en el panorama español. Confiamos con el tiempo en poder subsanar ese descuido.

## SUMMARY

The art of the chivalrous ventures and badges was always an important chapter of the emblematic valencian tradition. The several tournaments that were held in Valencia during the XVII c. in the context of the public baroque celebrations lead to the confection of a large amount of badges that the knights showed in tournament. Some of these badges were engraved and published in the books of feasts. A good example are the seven badges shown in the tournament held in Valencia in 1671 for the canonization of San Francisco de Borja. In this present work we analyse these badges and profit to make some brief explanations about the relation between emblematic and tournaments